

Explicamos, en cambio, el carácter consciente de una excitación por sus relaciones con la suma de excitaciones precedentes que componen la *experiencia*: la excitación es «sensación», es «sentida por el mismo sér excitado», porque ella se relaciona con otras excitaciones semejantes o desemejantes.

Aunque sea menester repetir, digamos eso mismo en otra forma.

¿Cuándo es consciente un fenómeno psíquico? Observemos el fenómeno más simple. Las excitaciones de un organismo vivo por las modificaciones del equilibrio energético con su medio, pueden ser o no ser relacionadas con su experiencia, con su personalidad consciente. De ello depende que una excitación sea o no sensación, es decir, tenga o no carácter consciente: de la relación que existe entre ella y la experiencia anteriormente adquirida.

La aplicación de este criterio permite simplificar el lenguaje psicológico.

*Excitación* es toda modificación del equilibrio energético de un organismo vivo; la excitación que tiene carácter consciente es *sensación*. Las excitaciones no son conscientes cuando no son relacionadas con la experiencia precedente, no incorporándose a la personalidad; las excitaciones son conscientes, es decir, son sensaciones cuando son relacionadas a esa personalidad, cuya experiencia es conservada y sistematizada por la memoria.

Desde el punto de vista de la energética biológica no hay motivo para ver en la excitación y la sensación «dos aspectos» de un mismo fenómeno; es decir, para considerar que la excitación es su aspecto objetivo y la sensación su aspecto subjetivo; ese distingo no explica nada.

Hay un solo fenómeno, la excitación, producido por un desequilibrio energético entre el sér vivo y su me-

dio; lo que varía es la relación entre ella y la experiencia anterior, la personalidad. No tiene carácter consciente mientras no se relaciona con ella; lo tiene cuando esa relación se establece. Sin memoria no habría experiencia; ninguna excitación podría ser referida a ella; no podría haber sensaciones conscientes.

En estas condiciones no se concibe la «conciencia» como una realidad autónoma sobrepuesta a los propios fenómenos biológicos.

El calificativo «consciente», aplicable a los fenómenos psíquicos relacionados con la «personalidad individual», no es substantivable; sólo cabe afirmar que la suma de esas experiencias conscientes particulares constituye la «personalidad consciente».

¿En qué condiciones fisiológicas los fenómenos psíquicos adquieren y pierden el carácter de conscientes? ¿Cuáles son sus relaciones con la actividad cerebral?

La pregunta implica ya afirmar que *no todos los fenómenos psíquicos son conscientes; ellos pueden serlo solamente en ciertas circunstancias o pueden no serlo en ningún momento.*

La cuestión no puede plantearse acerca de la «conciencia», sino respecto de la «cualidad consciente de los fenómenos psíquicos». Sollier afirma que tres hipótesis son posibles (aunque refiriéndose a la conciencia).

1.<sup>a</sup> ¿La «conciencia» se constituye por sí misma y existe independientemente de la actividad cerebral? En ese caso la conciencia sería algo único en su género, no comparable con nada conocido en física, en fisiología o en biología. Escaparía a todas las leyes universales y se opondría en el universo a la materia y a la energía. Esta concepción escapa a toda crítica científica.

2.<sup>a</sup> ¿Es una cualidad especial inherente a todo fenómeno psicológico, o se sobrepone a los procesos cerebrales fisiológicos para darles el carácter psicológico?

La idea de algo que *se sobrepone* a los procesos cerebrales fisiológicos conduce a suponer que ese algo es ajeno e independiente de los mismos fenómenos. Es, en cierto modo, volver al principio de la heterogeneidad de lo físico y lo psíquico, de lo objetivo y lo subjetivo. Es inútil que el paralelismo, para esquivar toda dificultad, se limite a considerar como concomitante de un fenómeno subjetivo un fenómeno objetivo; lo subjetivo no puede salir sino de lo objetivo y lo consciente no puede nacer sino de lo fisiológico. Esa heterogeneidad de naturaleza es más aparente que real. «Séanos permitida una comparación. He aquí una pila eléctrica compuesta de un carbón, de un zinc y de su ácido. Del contacto de esos tres elementos resulta una corriente eléctrica. Esa corriente es, evidentemente, distinta y nada tiene de común con los tres elementos de la pila. A nadie, sin embargo, se le ocurrirá decir que el funcionamiento de la pila y la aparición de la corriente eléctrica deben ser considerados solamente como paralelos, bajo pretexto de que se ignora como se hace la transformación de energía latente en los elementos de la pila; ni, tampoco, que la corriente eléctrica es un epifenómeno que viene a agregarse al funcionamiento de la pila; ni, en fin, que la corriente eléctrica existe independientemente de la pila y viene a dirigir su funcionamiento. Esas maneras de ver son, sin embargo, las que sostienen los paralelistas, los animistas y los espiritualistas. Si es evidente que la concepción monista no puede establecer más claramente de qué manera se hace el pasaje de un hecho a otro, ella tiene, por lo menos, la ventaja de mostrar que esas relaciones de lo subjetivo y lo objetivo, de lo consciente y lo fisiológico, no representan nada excepcional en la naturaleza, encontrándose el mismo problema y en forma análoga, casi idéntica, en los fenómenos de orden físico y biológico. Examinando las cosas sin ideas preconcebidas,

la conciencia se nos presenta como ligada a la actividad cerebral».

3.<sup>a</sup> ¿La «conciencia» de ciertos fenómenos psicológicos es el resultado de un proceso fisiológico y se debe únicamente a ciertas condiciones de la actividad cerebral?

Frente a las hipótesis espiritualista y paralelista, encontramos esa última; según ella el carácter consciente sería una cualidad episódica o terminal de procesos cerebrales que se desarrollan en plena inconciencia. Sergi ha formulado explícitamente esta hipótesis, desarrollada por Sollier.

Prescindiendo de las razones que impiden hablar substantivamente de la «conciencia», y con la reserva explícita de que sólo podemos referirnos al carácter o cualidad consciente de los fenómenos psíquicos, puede aceptarse que la variación de las condiciones fisiológicas de la actividad cerebral hace que las funciones psíquicas adquieran o pierdan su carácter consciente.

Este se se manifiesta de manera variable y episódica en ciertos fenómenos psíquicos; en conjunto, la personalidad consciente se presenta desagregable, de intensidad oscilatoria, dinámica y en formación continua, subordinada a las modificaciones de la personalidad orgánica y, particularmente, del sistema nervioso central. Si antes lo esencial para la psicología era el estudio de los fenómenos psíquicos conscientes, hoy tiende a serlo el estudio de las funciones psíquicas que habitualmente no entran en el área reducida de la personalidad consciente. La actividad mental consciente sólo es una muestra superficial de actividades que escapan a nuestro análisis. Con frecuencia creemos que ella es todo y nos dice todo; sin embargo, lo consciente sólo nos manifiesta aspectos transitorios o terminales de procesos que se elaboran incesantemente y cuya vasta bibliografía no podemos resumir aquí (Kant, Leibnitz, Ha-

milton, Carpenter, Müller, Spencer, Taine, Morselli, Grasset, Beaunis, Rauch, Flournoy, Ardigó, Delbœuf, Feré, Binet, etc., y especialmente Ribot, Janet, Sergi, Höffding, Myers). Por eso el examen directo y subjetivo de la actividad consciente ilumina una zona estrecha de la vida mental; ésta seguiría siendo un vasto y profundo mar inexplorado sin el concurso de las ciencias biológicas, especialmente de la patología, reveladora de muchos fenómenos que pasan inadvertidos en el funcionamiento normal.

En suma, la «conciencia» de ciertos fenómenos psíquicos no es una realidad efectiva sobrepuesta al fenómeno o independiente de él. Resulta de sus relaciones con la suma de experiencias precedentes que constituyen la «personalidad consciente» y depende de ciertas condiciones fisiológicas de la actividad cerebral que han sido estudiadas con resultados cada vez más satisfactorios.

#### IV.—LA FORMACIÓN NATURAL DE LA «PERSONALIDAD CONSCIENTE»: SU UNIDAD Y CONTINUIDAD RELATIVAS.

Al examinar el carácter progresivamente consciente de ciertas funciones psíquicas en el individuo, hemos descrito la formación de la «personalidad individual». Todo organismo vivo, dotado de memoria y capaz de sistematizar su experiencia, adquiere una personalidad como resultado sintético de su actividad funcional. Las nuevas reacciones que el organismo se ve precisado a ejercitar, para adaptarse a un medio que varía incesantemente, están más o menos relacionadas con esa personalidad; son conscientes las que se relacionan con ella (o, como suele decirse, las que son conocidas por el in-

dividuo en quien se producen) y son inconscientes las que no se relacionan (o, como suele decirse, las que no son conocidas por el mismo).

*La personalidad consciente es una adquisición progresiva en el curso de la experiencia; no es una entidad que preexiste en el individuo o que aparece en él repentinamente. Los individuos de cada especie animal son capaces de formarse una personalidad en la justa proporción de la experiencia acumulada por la especie a que pertenecen (herencia) y según las variaciones que pueden adquirir en su experiencia individual (educación).*

La formación de la personalidad individual es, pues, el resultado natural de condiciones puramente biológicas: las acciones y reacciones entre el sér vivo y su medio. La distinción entre el «yo» y el «no yo» es un resultado natural de la experiencia, determinando la noción primitiva de los límites físicos entre el organismo y su medio; eso determina la separación experimental de dos partes en la realidad; la que compone nuestro sér (personalidad orgánica) y la que no lo compone (mundo exterior).

«Personalidad orgánica» hemos dicho. La «personalidad individual» no es otra cosa; la «personalidad psíquica» es uno de sus aspectos y la «personalidad consciente» es una parte de ella. El «yo consciente, libre, racional, invariable e inmortal» es una simple abstracción, con el atributo de cualidades inventadas por la imaginación de los filósofos.

Una ilusión antropomórfica ha impedido examinar los orígenes de la personalidad individual, identificada siempre con la «conciencia del yo», que es solamente una de sus manifestaciones más evolucionadas. Los psicólogos han invertido la cuestión, que consiste simplemente en determinar cómo los organismos vivos (inclusive el hombre) adquieren una personalidad individual,

y cómo ésta va siendo cada vez más capaz de conocer sus relaciones con la realidad que rodea al organismo.

Las condiciones de equilibrio de los organismos unicelulares han sido ya bien estudiadas y pueden reducirse al estudio de sus permutas energéticas con el medio (Cap. III). Hay una manera de actividad primitiva y fundamental en todos los organismos, desde la amiba hasta el hombre: es el tanteo o ensayo (*trial*, de Jennings). La energía acumulada en un organismo vivo, al desprenderse como reacción a un excitante exterior o interior, desborda en muchas direcciones, tan variadas como fortuitas. Esas reacciones se continúan hasta que una de ellas consigue librar al sér vivo de la causa perturbadora, es decir, hasta obtener la adaptación; entre los movimientos de ensayo (*testing*) se conservan los que son útiles, y entre éstos los que representan un menor esfuerzo. Los actos así ejecutados crean para el porvenir vías de menor resistencia que son seguidas toda vez que el equilibrio biológico es perturbado por causas similares: son esas vías las que más tarde parecen *elegidas*, cuando no se tiene en cuenta su formación anterior; es decir, cuando se observa un acto particular de la conducta, prescindiendo de la experiencia antes adquirida.

La personalidad es, en cada momento, el resultado de esa experiencia individual; la elección de un acto deja de parecer el producto de una fuerza misteriosa si se la juzga como un resultado natural e inevitable de la experiencia. El carácter consciente de esas actividades elementales es principalmente afectivo. La personalidad individual es la expresión sintética del estado de los tejidos y del trabajo orgánico, de las impresiones venidas de las vísceras y órganos internos, de las contracciones musculares, de los movimientos, etc.; el «yo» consciente es, primitivamente, el resultado de la experiencia ce-

nestésica (1). En animales de escasa jerarquía en la escala biológica, las excitaciones de los tejidos y vísceras deben tener una parte considerable en su vida mental, pues aun no poseen tejidos especializados para la elaboración de funciones psíquicas representativas o potenciales. En el niño recién nacido se observa lo propio; las sensaciones internas son todo, las externas nada o casi nada; «la conciencia intelectual duerme todavía o comienza apenas a despertar, sin que nada presagie su destino futuro. La conciencia primordial es puramente afectiva. Sobre ella se asienta el desarrollo intelectual que, por la variedad, la riqueza, la complejidad de sus operaciones, oculta a la otra. De allí esa ilusión frecuente que nos la hace considerar fundamental y exclusiva» (2.)

Pero esa misma conciencia afectiva puede ser considerada como un simple resultado de la mayor o menor facilidad con que se realizan los movimientos dirigidos a la readaptación del organismo a su medio. «La única diferencia es que pasando de la fisiología a la psicología, esos movimientos posibles, o en estado naciente, son denominados necesidades, apetitos, instintos, tendencias, inclinaciones, deseos o repulsiones. Lo único que cambia es su nombre y su aspecto» (Ribot).

En la suma, pues, de esas experiencias orgánicas encontramos la base natural de la «personalidad individual»; esa personalidad empieza a ser consciente en forma larvada y en proporciones rudimentarias; al principio es un simple coeficiente afectivo de la experiencia, que da a las nuevas reacciones orgánicas un tono de pla-

(1) Ribot: *La conscience affective*, en «Revue Philosophique», París, 1909. Ver también: «*La Psychologie des sentiments*», «*Problèmes de Psychologie affective*», etc.

(2) Véase: Sollier: «*Le sentiment cénesthésique*» (VI Congreso de Psicología, Ginebra, 1909).

cer o dolor, según que ellas concuerden o disuenen con las sistematizaciones ya constituídas en el curso anterior de la experiencia. Los rudimentos orgánicos del placer estarían en la ejecución de movimientos adaptados a las condiciones naturales de la experiencia anterior y representada por vías de menor resistencia; los rudimentos del dolor estarían en toda reacción contraria a la experiencia adquirida por el organismo.

El perfeccionamiento de esas cualidades elementales de ciertos actos psíquicos nos conduce, sin transición, de la personalidad orgánica a la personalidad consciente, tanto en el curso de la evolución de las especies como en el de la evolución individual. La personalidad, en general, es más compleja en los individuos de especies biológicas superiores y va siéndolo, en particular, a través del desarrollo ontogenético de cada individuo.

\*  
\*  
\*

Los caracteres fundamentales de la personalidad consciente son dos: la *unidad* y la *continuidad*. Estos dos caracteres (a menudo interpretados en un sentido absoluto) han sido señalados por los psicólogos de todos los tiempos, aunque atribuidos a la «conciencia» considerada como una entidad ajena a la personalidad orgánica individual.

En las viejas hipótesis animistas la unidad y la continuidad de la conciencia quedaban implicadas al admitir que existía una entidad simple, inmaterial e inmortal, el alma, fuente originaria de todas las funciones psicológicas.

La psicología biológica (concordando con ésto Bergson, James y otros psicólogos pragmatistas) ha subver-

tido por completo esas creencias, encaminándonos hacia un *concepto evolutivo y funcional de la personalidad consciente*, en oposición al racionalismo, al asociacionismo estático y al empirismo paralelista.

Para esas teorías la personalidad consciente estaba formada por estados aislados e independientes: la unidad del espíritu dependía de una entidad exterior y superior que venía a sintetizarlos. Actualmente pensamos lo contrario. *Su unidad depende de la unidad fisiológica del organismo en quien se va formando; la continuidad de la personalidad consciente es un resultado natural de la continuidad de la experiencia.*

La *unidad funcional* de cada organismo es un postulado fundamental de la biología; en el curso de la evolución de las especies se diferencian en los organismos ciertos tejidos y órganos encargados de coordinar, unificar o sintetizar todas las funciones particulares, con el objeto de proveer mejor a la defensa y adaptación de todo el sér. Es bien conocida la función del sistema nervioso y de la corteza cerebral en los animales superiores. La personalidad consciente, cuya manifestación elemental es el sentimiento cenestésico de la unidad biológica individual, no puede considerarse como el resultado de algo ajeno al organismo, sino como su resultado natural; su trama, como dice Spencer (1), está formada por una inmensa multitud de hebras separadas, en cada una de las cuales hay, sin embargo, un elemento común: el sentimiento de la unidad personal. La memoria de las relaciones entre todas las hebras de la madeja que forma nuestra experiencia, sirve de base a su unidad funcional.

Ardigó ha estudiado detenidamente la *cohesión* natural entre los elementos que intervienen en las diversas formaciones psíquicas, determinando la unidad de la

(1) Spencer: *Principes de Psychologie*.

personalidad consciente. Establece que «respecto de esa cohesión se verifica en las funciones psíquicas la ley universal de las combinaciones naturales, y especialmente de las químicas; es decir, la cohesión está en razón inversa de la complejidad». Distingue una cohesión máxima, propia de los componentes de las formaciones elementales, superior a todo esfuerzo dirigido a destruirla; una cohesión mediana, que puede ser más o menos disgregada por un esfuerzo más o menos directo de la voluntad; una cohesión mínima que pueda fallar por simples circunstancias involuntarias. «Los grados de cohesión de las formaciones psicológicas son enteramente análogos a los de las *sinergias fisiológicas*; más aún, no son sino un *caso especial* de ellas» (1).

El mismo Ardigó ha formulado la correlación entre la unidad de lo real que determina nuestra experiencia y la unidad de la personalidad consciente. La realidad, en cuanto podemos conocerla, se manifiesta como una sola unidad dinámica. Ella influye sobre cada ser particular, pues la actividad íntima de éste es una simple participación a la actividad universal; sus variaciones de magnitud y de forma son un resultado de su relación dinámica con la realidad. «En el hombre se encuentran dos órdenes distintos de su actividad particular: la fisiológica y la psicológica. Ambas representan, en formas diversas, la misma y única actividad específica del hombre, pues la una es condición de la otra. La unidad de la actividad psíquica humana, revelada por la unidad de la conciencia, se mantiene a pesar de las

(1) Ardigó: *L'Unità della Coscienza*, páginas 40 a 57. (Todo el volumen es interesantísimo, aunque usa una terminología exclusiva del autor, que dificultará sobremanera la traducción de sus obras. Consta de tres partes: la continuidad en el pensamiento como en la naturaleza, la confluencia mental, la unidad de la conciencia.)

distinciones que en ella aparecen, de las variaciones infinitas e incesantes, y de las formaciones nuevas, estables o temporarias, dependientes de la acción del exterior sobre el organismo: por cuya razón varían sus posiciones dinámicas, sea en el conjunto, o sea en las partes» (1).

La unidad de la personalidad consciente es, pues, un hecho dinámico o funcional, y no un hecho estático como antiguamente se admitía. James, Bergson y los demás pragmatistas confirman estos datos de la psicología biológica, enunciados hace más de medio siglo por Spencer y poco después por Ardigó; aquéllos han contribuido poderosamente a consolidar este concepto funcional, aunque colocándose en puntos de vista muy diferentes. Haciendo del pragmatismo una filosofía de la acción, han interpretado la conciencia como una fuerza eminentemente activa y esencialmente continua: una actividad que dirige el organismo a través del medio en que él evoluciona. Siendo continua no es posible subdividirla o considerarla como una multitud de estados que existen aisladamente. Un «estado de conciencia» sólo es un momento dado en la evolución permanente de la personalidad: no tiene existencia real, siendo una pura abstracción en el tiempo; en rigor, resulta de la transformación insensible del estado precedente, sin que sea posible señalar un límite preciso entre uno y otro.

Concebida la personalidad consciente como el resultado de una función, su unidad es inconcebible sin su continuidad. Esta última da a cada individuo la noción de su identidad personal; «en el fondo — dice Ardigó — nuestra identidad personal es un fenómeno semejante al que presenta la llama de un pico de gas, que nosotros consideramos como si fuera siempre la misma, aun sa-

(1) *Loc. cit.*, pág. 503.

biendo que ella se renueva a cada instante». El ejemplo es bien elegido, pero el hecho será más evidente si lo definimos por sus condiciones biológicas: los seres vivos conservan su unidad de forma y de funciones a pesar de la incesante permuta de energía con su medio, efectuada en los procesos de asimilación y desasimilación. Un hombre o una mosca siguen conservando su identidad orgánica aun cuando asimilen y eliminan una cantidad de alimentos y residuos infinitamente más considerables que el volumen total de su cuerpo. El mismo fenómeno ocurre en las funciones psíquicas que tienen por resultado la formación de nuestra experiencia consciente: la personalidad se conserva sensiblemente idéntica a sí misma, no obstante la continua incorporación y exclusión de elementos nuevos o ya inútiles.

Este concepto de la continuidad de una función cuyos elementos varían sin cesar, patrimonio común de la psicología biológica y de los pragmatistas, ha encontrado su más alto intérprete en Ardigó, que ha demostrado la *confluencia mental* contra el asociacionismo estático; pero su expositor más afortunado fue William James, que lo ha sintetizado en una frase expresiva y sintética: *la corriente de la conciencia*. Bergson le ha agregado todo el brillo de su elocuencia y la resonancia de su medio universitario. Bueno es advertir que, los dos últimos, no se apercibieron de que esa expresión metafórica es la más apropiada para abstraer a la «conciencia» los caracteres substantivos o reales que podrían equipararla a la entidad «alma» del espiritualismo clásico; nada es menos parecido al soplo divino que animó a la arcilla en que fue plasmado el primer hombre, que una corriente que varía sin cesar en el curso de la experiencia.

Spencer enunció claramente el proceso de esa continuidad. Los datos de la experiencia no los conocemos

aisladamente, sino relacionados en una trama estrecha que abarca toda la experiencia pasada y se involucra en la futura. La experiencia inmediata nos daría sensaciones y no conocimientos; en cambio, en todo proceso propiamente pensado, una sensación se engloba con otras que la preceden o siguen, permitiendo el desarrollo de la función de conocer, en la que se encadenan y sistematizan todos los datos de la experiencia. Esa elaboración no se produce por la acción de una actividad superior o extraña a los mismos datos de la experiencia, como pretenden el racionalismo y el idealismo. Los conocimientos se sistematizan en la misma forma en que se producen, por cuyo motivo las relaciones del dato tienen tanto valor como el dato mismo. La realidad es pensada en la misma forma en que la experiencia la percibe, estableciendo sus relaciones mediante el análisis y la síntesis, la abstracción y la generalización, la inducción y la deducción: implicándose esas condiciones las unas a las otras, puede establecerse cómo se implican, hasta que el trabajo mental permite presentar los resultados de la experiencia en sus formas más generales. La función de pensar sólo puede concebirse como un proceso de correlación entre los datos de la experiencia; siendo ésta incesante, el pensamiento debe ser un resultado perpetuamente inestable de una formación continua.

El concepto de la *unidad* y la *continuidad* de la personalidad consciente es relativo. Siendo ella un resultado de una experiencia individual, que evoluciona continuamente, sería absurdo concebirla como un resultado funcional estático o invariable. La personalidad es *una*, pero siempre diferente a sí misma, lo mismo que todas las funciones biológicas; no es una entidad creada *ab initio* y que persiste invariada a través de las constantes permutas de la individualidad orgánica, sino una orientación o resultante que predomina

en el curso de una experiencia que se transforma sin cesar (1).

El inaccesible problema del «yo» consciente, concebido otrora como una entidad ajena a la experiencia misma, resulta fácil de comprender y de explicar si renunciamos a ver en él la expresión de una «conciencia» in-substancial e inextensa. La «personalidad consciente» es una adquisición natural de los seres vivos en el curso de su experiencia; es el resultado unitario y continuo de un proceso funcional, variable, dinámico, de intensidad oscilatoria, subordinado a las modificaciones de la entera personalidad orgánica y especialmente de los centros nerviosos que sintetizan las funciones del organismo.

La «conciencia» ha perdido su misteriosa sublimidad; no existe. Por eso la psicología biológica estudia la «personalidad consciente», en general, y se ocupa, en particular, de los «fenómenos conscientes». El mayor progreso de la psicología consistirá en evitar las confusiones (2) que hasta ahora han impedido entenderse acerca de lo que debía ser la «conciencia» en sí y abstractamente considerada. ¿Cómo entenderse acerca de algo que no existe substantivamente? ¿Cómo definir su *realidad* si ella solo se revela como una *cualidad* de ciertas funciones psíquicas?

(1) Estudiando la ontogenia psíquica hemos enunciado las variaciones normales de la personalidad individual a través de las edades; al tratar de la sociogenia psíquica expusimos las condiciones sociales que influyen en su variación. No cabe aquí el estudio de la patología de la personalidad (Azam, Binet, Proust, Weir-Mitchell, Tamburini, James, Janet, Ribot, etc.)

(2) Autores contemporáneos reputadísimos (Ribot, Ardigó, Sergi, Morselli, James, Wundt, Janet, Höfding, Sollier, Le Dantec, Bergson, Villa, De Sanctis, Claparède, etc.) usan, vuelta á vuelta, el término *conciencia* como equivalente de personalidad consciente o para designar el carácter consciente de un fenómeno psíquico. Los más de ellos siguen atribuyéndole un valor substantivo.

Muchos problemas se encaminarán a una solución cuando los psicólogos aprendan a expresarse en términos comprensibles; ciertos enigmas de la antigua filosofía quedan resueltos por el solo hecho de plantearlos bien.

#### CONCLUSIONES

La «conciencia» no es una «entidad» inextensa e inmaterial, no es una «facultad» sintetizadora de los fenómenos psicológicos, no es un «epifenómeno» sobrepuesto a los fenómenos fisiológicos, no es una «fuerza directriz o creadora» de la actividad psíquica. La «conciencia», como *realidad*, no existe; sólo puede considerarse como la abstracción de una *cualidad* común a ciertos fenómenos biológicos en determinadas condiciones.

Los antiguos filósofos y los psicólogos contemporáneos suelen designar confusamente como «conciencia» dos clases de procesos funcionales distintos: ciertos *fenómenos particulares conscientes* ó «estados de conciencia» (en cuyo caso la «conciencia» es una cualidad extrínseca de los fenómenos y depende de sus relaciones con la experiencia precedente) y la *personalidad consciente* o «conciencia del yo» (en cuyo caso la «conciencia» es una síntesis continua de la experiencia individual).

La posibilidad y el grado de actividad consciente están condicionados por la suma de experiencia adquirida por cada especie en el curso de la evolución filogenética. La formación natural de la experiencia es determinada por la sistematización de variaciones de estructura y de función, fijadas en los seres vivos por la memoria, organizadas en hábitos y transmitidas hereditariamente como tendencias instintivas.

El carácter consciente de ciertos fenómenos biológicos depende de sus relaciones con la personalidad individual (la excitación sólo es sensación relativamente a la experiencia anterior y forma parte de la experiencia consecutiva); es una cualidad subordinada a particulares condiciones de la actividad cerebral, que se producen de acuerdo con las leyes más generales que rigen toda la realidad sometida a nuestra experiencia.

En la evolución filogenética y ontogenética, la actividad consciente es útil para las nuevas reacciones adaptativas de los seres vivos a las incesantes variaciones de su medio, implicando un perfeccionamiento de la función «biofiláctica» o protectora del organismo.

La «personalidad consciente» es una adquisición progresiva en el curso de la experiencia individual. La continuidad de la experiencia determina la unidad funcional de la personalidad, que es incesantemente variable como la experiencia misma.

## Cap. VIII.—La formación natural de la función de pensar.

- I. La sinergia de las funciones psíquicas en la elaboración del conocimiento.—II. La evolución de la lógica y sus crisis fundamentales: la lógica biológica.—III. Formación de los procesos intelectuales en el curso de la experiencia.—IV. Los modos reales de pensar: los razonamientos extralógicos.—V. La formación natural de los ideales: el idealismo experimental.—Conclusiones.

### I.—LA SINERGIA DE LAS FUNCIONES PSÍQUICAS

Los modos reales de pensar son resultados naturales de la experiencia, adquiridos en el curso de la evolución de las especies; varían en cada sociedad humana; alcanzan un desarrollo distinto en cada individuo. Mediante esta función biológica ciertos seres vivos conocen las condiciones incesantemente variables del medio en que ellos evolucionan. Esa función sirve para proteger la existencia, adaptando los seres que la poseen al medio en que viven; el conocimiento de la realidad es un proceso natural en el curso de la experiencia.

Las operaciones psíquicas que componen esa función son complejas y su resultado es el «pensamiento». Sus manifestaciones características suelen estudiarse como productos especiales de la «inteligencia»; no existen, sin embargo, como proceso autónomo y nunca se observan aisladas de las que suelen considerarse propias del «sentimiento» y de la «voluntad».